

CRUZ

1. La Cruz en la vida de san Josemaría.
2. Abandono en Dios e identificación con Cristo.
3. Dolor y alegría: obediencia al Padre.
4. El sentido amable y victorioso de la Cruz.
5. La devoción a la Cruz.
6. Para corredimir con Cristo.
7. La Cruz y la Misa.
8. El Espíritu Santo, “fruto” de la Cruz.
9. María junto a la Cruz.

La cruz de que aquí se trata es la Cruz de Cristo, o sea el “patíbulo” de su suplicio, cuyo significado ha cambiado radicalmente respecto al original: dejando de indicar la maldición, llegó a significar la bendición. Éste, pues, es el sentido que ha cobrado en un contexto cristiano la palabra “cruz”, por el misterio pascual de Jesús, que fue la obra de nuestra Redención. En toda la Tradición de la Iglesia, la cruz no se refiere sin más al sufrimiento, sino también, inseparablemente, a la manera de recibirlo así como al horizonte de esperanza que abre en aquel que lo acoge. Se trata, en definitiva, de la disposición de conformidad alegre con la Voluntad de Dios, con lo que Dios quiere o permite, especialmente cuando conlleva dificultad.

Fue en ese sentido como san Josemaría usó la palabra “Cruz”, escribiéndola frecuentemente con mayúscula para subrayar que se trata de la Cruz de Cristo a la que se une el cristiano. En coherencia con ese planteamiento, san Josemaría edificó su vida y su enseñanza en coherencia con la vivencia de la Cruz ampliamente desarrollada por la Tradición cristiana aunque, como acontece en toda experiencia profunda, con matices propios. Por esa razón desarrollamos el tema siguiendo una perspectiva fuertemente biográfica.

1. La Cruz en la vida de san Josemaría

La vida de san Josemaría “muestra una visión serena y recia, sencilla y amable de la cruz; se trata de la visión que brota de la cercanía al Crucificado” (MATEO-SECO, 1992, p. 420). Muy temprano supo de la

Cruz, no sólo porque oyó hablar de ella al ser educado como cristiano, sino también por los acontecimientos que fueron afectando a su familia. Sufrió por la muerte de sus tres hermanas pequeñas, que murieron en años sucesivos –comenzando por la más pequeña hasta la más cercana a él en edad– y pudo percibir, en estas circunstancias, la entereza cristiana con la que sus padres sobrellevaron esas desgracias. Después, les vio llevar con serenidad la ruina del negocio familiar, ocasionada por actuaciones desleales de un antiguo socio.

En lo físico, además de la enfermedad grave que tuvo a los dos años, san Josemaría padeció a lo largo de su vida diversas dolencias de cierta entidad, que soportó con reciedumbre. Había aprendido, pues, a integrar el momento del dolor en el horizonte de la totalidad de la vida, transida de esperanza sobrenatural. Es más, supo dar sentido positivo al dolor, precisamente a la luz de la Cruz de Cristo.

San Josemaría fue ahondando en la comprensión del Misterio de la Cruz conforme se fue fortaleciendo su vida de oración y de penitencia, especialmente desde que *vio* el Opus Dei, el 2 de octubre de 1928. En el momento en que entendió que Dios quería algo de él, supo también que el camino que debía recorrer implicaba penitencia y expiación, o sea, sufrimiento serenamente aceptado, vivido y buscado. Así lo expresó: “El Señor me fue preparando a pesar mío, con cosas aparentemente inocentes, de las que se valía para meter en mi alma esa inquietud divina. Por eso he entendido muy bien aquel amor tan humano y tan divino de Teresa del Niño Jesús, que se conmueve cuando por las páginas de un libro asoma una estampa con la mano herida del Redentor. También a mí me han sucedido cosas de este estilo, que me removieron y me llevaron a la comunión diaria, a la purificación, a la confesión... y a la penitencia” (Meditación, 14-II-1964: AVP, I, p. 92).

Tuvo algunas contradicciones en los años del Seminario de Zaragoza y en los comienzos de su ministerio sacerdotal: la hostilidad de ciertos compañeros, la incompreensión de algún formador...; y, en el ámbito familiar, la inopinada muerte de su padre, pocos meses antes de la ordenación diaconal, y el rechazo por parte de algunos parientes. Fueron momentos vividos junto a Jesucristo, presente en el sagrario; a veces, pasando la noche en vela de oración ante el Santísimo.

Ya después del 2 de octubre de 1928, frecuentó los hospitales para atender enfermos a los que pedía que ofrecieran su sufrimiento a Dios. Su trato con María Ignacia García Escobar, una mujer enferma de tuberculosis, que sería una de las primeras en pedir la admisión en el Opus Dei, se sitúa precisamente en este marco. Fue asimismo en el trato con varios de estos enfermos cuando sucedió un hecho que le impresionó: una mujer, ya a las puertas de la muerte, después de que le fueran administrados los últimos auxilios espirituales, a sugerencia del sacerdote, repetía a voces esta letanía del dolor: “Bendito sea el dolor. Amado sea el dolor. Santificado sea el dolor... ¡Glorificado será el dolor!” (*Apuntes íntimos*, n. 563: AVP, I, p. 443; cfr. C, 208). Este descubrimiento de la Cruz como gloria (cfr. F, 1020, 1022) se enraizó en su propia experiencia personal: “Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz: 1931. – ¡Cómo me hizo gozar la epístola de este día! En ella el Espíritu Santo, por S. Pablo, nos enseña el secreto de la inmortalidad y de la gloria (...). Este es el camino seguro: por la humillación, hasta la Cruz: desde la Cruz, con Cristo, a la Gloria inmortal del Padre” (*Apuntes íntimos*, n. 284: AVP, I, p. 387).

Siguiendo el recorrido de la vida de san Josemaría, se llega a la Guerra Civil en 1936, año en el que se desató una sangrienta persecución religiosa en España. San Josemaría mantuvo una actitud de serenidad frente a los graves acontecimientos a pesar de las mil vejaciones que so-

portó en estas circunstancias, pero, como es lógico, no dejó de sufrir por todo eso. Después de la guerra, cuando recomenzó el normal desarrollo la labor apostólica del Opus Dei –también fuera de Madrid–, arreció la “contradicción de los buenos”, es decir la hostilidad de aquellos que, siendo hermanos en la fe, combatían la novedad de la Obra porque no la entendían. El sufrimiento que suponía semejante situación fue moralmente mayor que el de la guerra.

En esos primeros años cuarenta, a causa de las calumnias contra su persona, una noche el fundador del Opus Dei le dijo a Jesús, presente en el sagrario: “Jesús, si Tú no necesitas mi honra, ¿yo para qué la quiero?” (*Carta 29-XII-1947/14-II-1966*, n. 38: AVP, II, p. 480). En una homilía en la que aludía a este tipo de contrariedades, san Josemaría comenzaba diciendo: “no olvidéis que estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz. Cuando nos abandonamos en las manos de Dios, es frecuente que Él permita que saboreemos el dolor, la soledad, las contradicciones, las calumnias, las difamaciones, las burlas, por dentro y por fuera: porque quiere conformarnos a su imagen y semejanza” (AD, 301). Y termina explicando: “Así esculpe Jesús las almas de los suyos, sin dejar de darles interiormente serenidad y gozo” (*ibidem*).

2. Abandono en Dios e identificación con Cristo

San Josemaría aceptó la Cruz en su vida, según estas palabras del Señor que meditó muchas veces: “Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz cada día y que me siga” (Lc 9, 23, cfr. Mt 16, 24 y Mc 8, 34). Llegó muy lejos en esta vía del abandono confiado y alegre en las manos de Dios: “Jesús lleva Cruz por ti: tú, llévala por Jesús. Pero no llesves la Cruz arras-trando... Llévala a plomo, porque tu Cruz, así llevada, no será una Cruz cualquiera: será... la Santa Cruz. No te resignes con la Cruz. Resignación es palabra poco gene-

rosa. Quiere la Cruz. Cuando de verdad la quieras, tu Cruz será... una Cruz, sin Cruz" (SR, Cuarto Misterio Doloroso). Acostumbraba a anotar en la epacta o calendario litúrgico anual: "In laetitia, nulla dies sine cruce!" (¡Con alegría, ningún día sin cruz!), y comentaba que lo hacía "para animarme a llevar con garbo la carga del Señor, siempre con buen humor –aunque sea a contrapelo tantas veces–, siempre con alegría" (*Carta 2-II-1945*, n. 21: AGP, serie A.3, 92-3-2).

El breve recorrido biográfico deja ver una progresiva identificación de san Josemaría con Cristo en la Cruz. Desde la interpretación serena de los acontecimientos adversos, que aprendió por la educación recibida, hasta asumir el dolor como camino de penitencia y de identificación con la Voluntad de Dios, más aún, de identificación con Cristo.

Es así también como lo entiende Flavio Capucci, cuando habla de las pruebas que sufrió san Josemaría en el arco de tiempo que va de 1931 a 1935: "Se trata de una serie de pruebas duras y prolongadas, que cada día y durante varios años le hicieron sentirse incapaz de proveer con sus solas fuerzas incluso a sus deberes más básicos, como el sostenimiento de la familia. Una sola de aquellas pruebas habría bastado para desanimar a cualquiera que no estuviera llevado de la mano y guiado por Dios para enfrentarse con ellas (...). En la vida del Fundador, éstas se sobrepusieron una sobre otra hasta evidenciar el heroísmo de su aceptación de la Cruz. (...) La Cruz no aparece sólo como el precio que pagar para conseguir fruto sobrenatural, sino también y sobre todo como camino de purificación, de desasimiento interior, de aquel abandono total en Dios que permite al Señor obrar según su beneplácito. En otras palabras: en cada uno de estos acontecimientos, se asiste a un desarrollo que va de una aceptación radical, ya al comienzo de las dificultades interpuestas por el Señor en el camino del Opus Dei, y

avanza, a través de un abandono cada vez más completo, hasta llegar a un hito donde se presencia una identificación ya plenamente gozosa con la lógica de Dios, que es la lógica de Cristo. El proceso de identificación con Cristo culmina en la Cruz" (CAPUCCI, 2003, pp. 165-166).

3. Dolor y alegría: obediencia al Padre

Santo Tomás –que se apoya en Juan Damasceno– explica que, en Cristo, el dolor es compatible con la alegría (cfr. S.Th. III, q. 46, a. 8). San Josemaría prolonga esta consideración en el sentido de que, por la fe, cualquier cristiano está unido a Cristo: "La aceptación rendida de la Voluntad de Dios trae necesariamente el gozo y la paz: la felicidad en la Cruz. – Entonces se ve que el yugo de Cristo es suave y que su carga no es pesada" (C, 758). Es esta la sorprendente experiencia de los santos: "Tú has hecho Señor que yo comprendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón –lo veo con más claridad que nunca– es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo y, por eso, ser hijo de Dios" (Apuntes tomados en una meditación, 28-IV-1963).

Es más, el amor y la alegría encuentran su fundamento en la Cruz: "Algunas veces se habla del amor como si fuera un impulso hacia la propia satisfacción, o un mero recurso para completar egoístamente la propia personalidad. Y no es así: amor verdadero es salir de sí mismo, entregarse. El amor trae consigo la alegría, pero es una alegría que tiene sus raíces en forma de cruz" (ECP, 43).

San Josemaría solía utilizar como jacularia las palabras *omnia in bonum*, por las que resumía la consoladora afirmación de la Carta a los Romanos: "Sabemos que todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios, de los que son llamados según su designio" (Rm 8, 28). Es decir, las cosas agradables y las desagradables. Así, se entiende que "la penitencia es "gaudium, etsi laboriosum" –alegría,

aunque trabajosa” (C, 548). La razón profunda no es otra que ésta de san Pablo: “Si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo; con tal de que padezcamos con él, para ser con él también glorificados” (Rm 8, 17).

Así la Cruz se convierte en camino para llegar a la plena conciencia de nuestra filiación divina en Cristo. Por eso, la Cruz no consiste tanto en el hecho de padecer, cuanto en la obediencia a la Voluntad de Dios, como Cristo que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (cfr. Flp 2, 8).

Éste es asimismo el ineludible camino de la santidad cristiana, según enseña con autoridad el Magisterio de la Iglesia: “El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (cfr. 2 Tm 4). El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas” (CCE, n. 2015).

4. El sentido amable y victorioso de la Cruz

San Josemaría era consciente de que caben malas interpretaciones en relación con la Cruz y que a veces el ser humano se busca –quizá inconscientemente– sufrimientos que le agobian. Por eso advierte: “¡Cuántos, con la soberbia y la imaginación, se meten en unos calvarios que no son de Cristo! La Cruz que debes llevar es divina. No quieras llevar ninguna humana. Si alguna vez cayeras en este lazo, rectificas enseguida: te bastará pensar que Él ha sufrido infinitamente más por amor nuestro” (VC, III Estación).

Aunque conocía la importancia que la palabra “víctima” ha tenido en la tradición espiritual, y respetaba otros caminos distintos del suyo, prefería subrayar que la única víctima inocente es en realidad Cristo: “Para nosotros, hijos, la Cruz es lugar de descanso. Abrid los brazos y poneos

en esas cruces de palo que hay en nuestras casas. En esas cruces no hay crucifijo, porque hemos de clavarnos nosotros, sin llantos, sin miedos, sin llamarnos víctimas. Para eso está Cristo: Él es la única víctima” (Apuntes tomados en una tertulia, 14-IX-1962).

En el dolor y en la contradicción, si se acata plenamente la Voluntad de Dios, se alcanza la victoria espiritual. Aquí, tiene un papel otra consideración: cuando llevamos de buen grado la Cruz, Jesús se hace nuestro *cirineo* (cfr. F, 252 y *passim*). Al respecto, san Josemaría hacía la siguiente reflexión ascética: “A veces la Cruz aparece sin buscarla: es Cristo que pregunta por nosotros. Y si acaso ante esa Cruz inesperada, y tal vez por eso más oscura, el corazón mostrara repugnancia... no le des consuelos. Y, lleno de una noble compasión, cuando los pida, dile despacio, como en confidencia: corazón, ¡corazón en la Cruz!, ¡corazón en la Cruz!” (VC, V Estación).

O cruz, ave, spes unica!, canta la liturgia de la Iglesia. Así se resume realmente la experiencia y la doctrina de san Josemaría en este punto central de su mensaje. Llevados de su mano, entendemos mejor y con nueva hondura palabras como las que escribe san Pablo en la Carta a los Gálatas: “*Mihi autem ab sit gloriari nisi in cruce Domini nostri Iesu Christi*” (Ga 6, 14). Entendemos, pues, que ahí está en juego la efectiva renovación –la nueva creación– por la que gozamos de una libertad gloriosa, propia de los hijos de Dios, que el mundo no siempre entiende, pero que resulta maravillosamente fecunda: “Al celebrar la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, suplicaste al Señor, con todas las veras de tu alma, que te concediera su gracia para “exaltar” la Cruz Santa en tus potencias y en tus sentidos... ¡Una vida nueva! Un resello: para dar firmeza a la autenticidad de tu embajada..., ¡todo tu ser en la Cruz!” (F, 517). Es la victoria de Cristo, y también nuestra: “Esta ha sido la gran revolución cristiana: convertir el dolor en sufrimiento

fecundo; hacer, de un mal, un bien. Hemos despojado al diablo de esa arma...; y, con ella, conquistamos la eternidad” (S, 887).

La Cruz ya no es patíbulo y maldición. El Señor bendice con la Cruz (cfr. S, 257). Los Padres de la Iglesia destacaron el paralelismo entre el árbol del paraíso, que causó la muerte, por la desobediencia de Adán, y el Árbol de la Cruz, que trajo la vida por la obediencia de Cristo, nuevo Adán. Así lo expresa escuetamente el prefacio de la Misa de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz: “*ut unde mors oriebatur, inde vita resurgeret; et, qui in ligno vincebat, in ligno quoque vinceretur: per Christum*” (para que donde tuvo origen la muerte, de allí resurgiera la vida, y el que venció en un árbol, fuera en un árbol vencido: por Cristo).

Por otra parte, san Josemaría, siguiendo a san Pablo (cfr. Flp 3, 18), se queja del despego creciente respecto de la Cruz: “Hay en el ambiente una especie de miedo a la Cruz, a la Cruz del Señor. Y es que han empezado a llamar cruces a todas las cosas desagradables que suceden en la vida, y no saben llevarlas con sentido de hijos de Dios, con visión sobrenatural. ¡Hasta quitan las cruces que plantaron nuestros abuelos en los caminos...! En la Pasión, la Cruz dejó de ser símbolo de castigo para convertirse en señal de victoria. La Cruz es el emblema del Redentor: *«in quo est salus, vita et resurrectio nostra»*: allí está nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección” (VC, II Estación).

5. La devoción a la Cruz

A partir de estas consideraciones, se entiende la honda devoción de san Josemaría a la Santa Cruz. Ya en el primer oratorio que puso en la Residencia DYA, había una cruz de palo. A ella se refiere este consejo de *Camino*: “Cuando veas una pobre Cruz de palo, sola, despreciable y sin valor... y sin Crucifijo, no olvides que esa Cruz es tu Cruz: la de cada día, la escondida, sin brillo y sin consuelo..., que está esperando el Crucifijo que le falta: y ese Crucifijo has

de ser tú” (C, 178). Sin embargo, la cruz de palo y la consideración espiritual de *Camino* que acabamos de recordar, tan clara en su contexto, dieron lugar a sorprendentes y graves insinuaciones por parte de algunos. Muy lejos de la interpretación ascética que correspondía a la cruz sin crucifijo, algunos propalaron habladurías. Para cortar de raíz esas falsas interpretaciones el obispo de la diócesis y, después, la Santa Sede, concedió indulgencias siempre que se besara, o se rezara una jaculatoria ante esa cruz. Señalamos también que –y esto reafirma la hondura con que vivió la conexión entre la Cruz, la entrega y la alegría– estableció que esa cruz se adornara con flores en las fiestas relacionadas con la Santa Cruz.

Resulta esclarecedor traer a colación una observación que hacía acerca del arte sacro: “Hay una falsa ascética que presenta al Señor en la Cruz rabioso, rebelde. Un cuerpo retorcido que parece amenazar a los hombres: me habéis quebrantado, pero yo arrojaré sobre vosotros mis clavos, mi cruz y mis espinas. Esos no conocen el espíritu de Cristo. Sufrió todo lo que pudo –¡y por ser Dios, podía tanto!–; pero amaba más de lo que padecía... Y después de muerto, consintió que una lanza abriera otra llaga, para que tú y yo encontrásemos refugio junto a su Corazón amabilísimo” (VC, XII Estación). Así, se entiende también la particular devoción que tuvo por el Cristo “vivo” en la Cruz, es decir, Cristo antes de morir y antes de que se le abriera el costado con la lanza, en la Cruz, que contemplaba sufriendo con serenidad, lleno de amor. De hecho, hizo esculpir esa escultura en Roma y en Torreciudad y así lo consideraba en su meditación: “Es el Amor lo que ha llevado a Jesús al Calvario. Y ya en la Cruz, todos sus gestos y todas sus palabras son de amor, de amor sereno y fuerte. Con ademán de Sacerdote Eterno, sin padre ni madre, sin genealogía (cfr. Hb 7, 3), abre sus brazos a la humanidad entera” (VC, XI Estación).

A san Josemaría le gustaba mirar la Cruz; llevaba siempre encima un crucifijo

y recomendaba orar con él: “Tu Crucifijo. –Por cristiano, debieras llevar siempre contigo tu Crucifijo. Y ponerlo sobre tu mesa de trabajo. Y besarlo antes de darte al descanso y al despertar: y cuando se rebele contra tu alma el pobre cuerpo, bésalo también” (C, 302). Luego, el sentido que le da es bien profundo: “Nuestro Señor Jesús lo quiere: es preciso seguirle de cerca. No hay otro camino. Esa es la obra del Espíritu Santo en cada alma –en la tuya–: sé dócil, no opongas obstáculos a Dios, hasta que haga de tu pobre carne un Crucifijo” (S, 978). Ya se ve que de lo que se trata es de la identificación con Cristo, Hijo de Dios y Redentor del mundo.

6. Para corredimir con Cristo

“Jesús se entrega inerte a la ejecución de la condena. No se le ha de ahorrar nada, y cae sobre sus hombros el peso de la cruz infamante. Pero la Cruz será, por obra de amor, el trono de su realeza. (...) ¡Con qué amor se abraza Jesús al leño que ha de darle muerte! ¿No es verdad que en cuanto dejas de tener miedo a la Cruz, a eso que la gente llama cruz, cuando pones tu voluntad en aceptar la Voluntad divina, eres feliz, y se pasan todas las preocupaciones, los sufrimientos físicos o morales? Es verdaderamente suave y amable la Cruz de Jesús. Ahí no cuentan las penas; sólo la alegría de saberse corrededores con Él” (VC, XI Estación). Esta cita de *Via Crucis* nos introduce en otro punto importante: la cruz del cristiano es participación efectiva, interior y no ya meramente exterior, en la Cruz de Cristo. La Cruz nos habla de corredimir con Cristo. Abrazarse a la Cruz, es así como, por la fe y el amor, dejamos efectivamente obrar la omnipotencia de Dios a través de nosotros (cfr. S, 995). Y esto no sólo en circunstancias o situaciones especiales, sino en la existencia ordinaria en medio del mundo, si se vive el deseo de cumplir en todo la Voluntad de Dios. El Señor se lo dio a entender por una gracia especial, el 7 de agosto de 1931, entonces

en Madrid fiesta de la Transfiguración del Señor: “Llegó la hora de la Consagración: en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme –acababa de hacer in mente la ofrenda al Amor misericordioso–, vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinaria, aquello de la Escritura: “«Et si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum» (Jn 12, 32) (...) Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas” (*Apuntes íntimos*, nn. 217 y 218: AVP, I, p. 381).

Es importante subrayar –ya lo hemos hecho, pero vale pena reiterarlo– que el lugar de la realización efectiva de ese “llevar la Cruz” no son sólo la enfermedad grave, la persecución, el peligro del martirio u otras contradicciones de esta categoría, sino todo el amplio campo de las tareas ordinarias y de las normales relaciones familiares, laborales, de amistad, y en las demás ocupaciones de la vida cotidiana: “Aun en las jornadas en las que parece que se pierde el tiempo, a través de la prosa de los mil pequeños detalles, diarios, hay poesía más que bastante para sentirse en la Cruz: en una Cruz sin espectáculo” (F, 522).

En esta perspectiva, cobran un sentido muy concreto las palabras citadas, con las que Jesús invita al discípulo a llevar la cruz de cada día. “El amor a Dios nos invita a llevar a pulso la cruz, a sentir también sobre nosotros el peso de la humanidad entera, y a cumplir, en las circunstancias propias del estado y del trabajo de cada uno, los designios, claros y amorosos a la vez, de la voluntad del Padre” (ECP, 97). Realmente puede ser este el modo de vida de los fieles corrientes, con tal de que se entreguen plenamente al cumplimiento de la Voluntad de Dios y de esa manera, a través de la vida de los cristianos, vivida con sentido sobrenatural, la cruz, llevada como

“resello divino” (cfr. S, 70 y F, 412) de su condición de hijos de Dios, está colocada en las mismas entrañas del mundo.

7. La Cruz y la Misa

El *Catecismo de la Iglesia Católica* enseña que la Eucaristía es el “sacramento de nuestra salvación realizada por Cristo en la cruz” (n. 1359). De modo que “cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, hace memoria de la Pascua de Cristo y ésta se hace presente: el sacrificio que Cristo ofreció de una vez para siempre en la cruz, permanece siempre actual” (CCE, n. 1364). Por tanto, “el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio: es una y la misma víctima, que se ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes, que se ofreció a sí misma entonces sobre la cruz. Sólo difiere la manera de ofrecer” (CCE, n. 1367). San Josemaría tuvo viva conciencia de esta doctrina, según lo que se lee en esta consideración de *Forja*: “Mientras asistes a la Santa Misa, piensa –¡es así!– que estás participando en un Sacrificio divino: sobre el altar, Cristo se vuelve a ofrecer por ti” (F, 831). De ahí que sugiera el siguiente consejo: “¡Vive la Santa Misa! –Te ayudará aquella consideración que se hacía un sacerdote enamorado: ¿es posible, Dios mío, participar en la Santa Misa y no ser santo? –Y continuaba: ¡me quedará metido cada día, cumpliendo un propósito antiguo, en la Llaga del Costado de mi Señor! –¡Anímate!” (F, 934).

La estrecha relación entre la Cruz y la Misa pone de manifiesto nuevamente que de lo que se trata es de la identificación dinámica del cristiano con Cristo: “Siempre os he enseñado, hijas e hijos queridísimos, que la raíz y el centro de vuestra vida espiritual es el Santo Sacrificio del Altar, en el que Cristo Sacerdote renueva su Sacrificio del Calvario, en adoración, honor, alabanza y acción de gracias a la Trinidad Beatísima. De este modo, muy unidos a Jesús en la Eucaristía, lograremos una continua presencia de Dios, en medio de las ocu-

paciones ordinarias propias de la situación de cada uno en este peregrinar terreno, buscando al Señor en todo tiempo y en todas las cosas. Teniendo en nuestras almas los mismos sentimientos de Cristo en la Cruz, conseguiremos que nuestra vida entera sea una reparación incesante, una asidua petición y un permanente sacrificio por toda la humanidad, porque el Señor os dará un instinto sobrenatural para purificar todas las acciones, elevarlas al orden de la gracia y convertirlas en instrumento de apostolado. Sólo así seremos almas contemplativas en medio del mundo, como pide nuestra vocación, y llegaremos a ser almas verdaderamente sacerdotales, haciendo que todo lo nuestro sea una continua alabanza a Dios” (*Carta 2-II-1945*, n. 11: AGP, serie A.3, 92-3-2).

En el último decenio de su vida, san Josemaría tuvo la siguiente experiencia, que refiere de un modo indirecto: “Después de tantos años, aquel sacerdote hizo un descubrimiento maravilloso: comprendió que la Santa Misa es verdadero trabajo: “operatio Dei”, trabajo de Dios. Y ese día, al celebrarla, experimentó dolor, alegría y cansancio. Sintió en su carne el agotamiento de una labor divina. A Cristo también le costó esfuerzo la primera Misa: la Cruz” (VC, XI Estación).

El descubrimiento estriba en la nueva conciencia de la relación que existe entre lo que se celebra en los misterios –actualización incruenta del Sacrificio de la Cruz– y lo que se vive en las circunstancias de cada día, por la aceptación plena de las exigencias del trabajo humano hasta el mismo cansancio. Tal descubrimiento vino a subrayar de un modo vivo el sentido que tiene la Cruz en la existencia de los fieles: la identificación del creyente con Cristo. La Misa, como renovación sacramental del sacrificio de la Cruz, realiza ya esa identificación. Pero, lo que se actúa *ex opere operato* en el sacramento, requiere la disponibilidad de cada cual para su pleno desarrollo en la vida.

8. El Espíritu Santo, “fruto” de la Cruz

En la historia de la salvación, el misterio pascual de Cristo y el envío del Espíritu Santo no son dos episodios que se suceden en el tiempo sin más. Al contrario, aquél es realmente causa de éste. En la Cart. Enc. *Dominum et vivificantem*, Juan Pablo II puso de manifiesto esta correlación entre el Sacrificio de la Cruz y el don del Paráclito, cuando escribía: “El Espíritu Santo (...) actúa en lo más profundo del misterio de la Cruz. Provieniendo del Padre, ofrece al Padre el sacrificio del Hijo, introduciéndolo en la divina realidad de la comunión trinitaria. Si el pecado ha engendrado el sufrimiento, ahora el dolor de Dios en Cristo crucificado recibe su plena expresión humana por medio del Espíritu Santo. Se da así un paradójico misterio de amor: en Cristo sufre Dios rechazado por la propia criatura (...); pero, a la vez, desde lo más hondo de este sufrimiento –e indirectamente desde lo hondo del mismo pecado (...)– el Espíritu saca una nueva dimensión del don hecho al hombre y a la creación desde el principio. En lo más hondo del misterio de la Cruz actúa el amor, que lleva de nuevo al hombre a participar de la vida, que está en Dios mismo” (DVI, 41).

Por el Espíritu Santo, pues, participamos como hijos, con Cristo y en Cristo, en la vida divina de la Trinidad. Es tarea atribuida al Paráclito promover, es decir, iniciar y luego hacer madurar, nuestra identificación con Cristo. Sólo que, puntualiza san Josemaría, expresando de manera viva la doctrina que se acaba de recordar, “el Espíritu Santo es fruto de la Cruz” (F, 759; cfr. ECP, 96 y 137). En otro lugar, lo expone con más detalle: “... en la vida de Cristo el Calvario precedió a la Resurrección y a la Pentecostés, y ese mismo proceso debe reproducirse en la vida de cada cristiano (...). El Espíritu Santo es fruto de la cruz, de la entrega total a Dios, de buscar exclusivamente su gloria y de renunciar por entero a nosotros mismos. Sólo cuando

el hombre, siendo fiel a la gracia, se decide a colocar en el centro de su alma la Cruz, negándose a sí mismo por amor a Dios, estando realmente desprendido del egoísmo y de toda falsa seguridad humana, es decir, cuando vive verdaderamente de fe, es entonces y sólo entonces cuando recibe con plenitud el gran fuego, la gran luz, la gran consolación del Espíritu Santo” (ECP, 137).

Los frutos típicos de la acción del Espíritu se manifestarán en la vida de aquel cuya docilidad se concreta precisamente en la disponibilidad a abrazarse a la Cruz: “No estorbes la obra del Paráclito: únete a Cristo, para purificarte, y siente, con Él, los insultos, y los salivazos, y los bofetones..., y las espinas, y el peso de la cruz..., y los hierros rompiendo tu carne, y las ansias de una muerte en desamparo... Y métete en el costado abierto de Nuestro Señor Jesús hasta hallar cobijo seguro en su llagado Corazón” (C, 58).

La alegre aceptación de la Voluntad de Dios en el dolor –la Cruz– se hace depender de la conciencia de nuestra condición de pecadores a la par que de nuestra filiación divina en Cristo, cuyo artífice es precisamente el Paráclito. Por una parte, el Espíritu Santo nos da la certeza de la remisión de los pecados y, por otra promueve el gozoso sentimiento de nuestra adopción filial en Cristo.

9. María junto a la Cruz

En el proceso de identificación efectiva del creyente con Cristo, obra del Espíritu, que se vale por esto de la Cruz, no falta el socorro de la Santísima Virgen. San Josemaría no deja de constatar que Cristo nos entregó a su Madre para que fuera también nuestra Madre justamente desde la Cruz, cuando faltaban pocos instantes para que entregara el espíritu (cfr. Jn 19, 30). “La Virgen Dolorosa. Cuando la contemples, ve su Corazón: es una Madre con dos hijos, frente a frente: Él... y tú” (C, 506).

María nos da ejemplo de fe, de aceptación y de obediencia a la Voluntad de Dios en la hora suprema de la Cruz. “«Cor Mariae perdolentis, miserere nobis!» –invo-ca al Corazón de Santa María, con ánimo y decisión de unirte a su dolor, en reparación por tus pecados y por los de los hombres de todos los tiempos. –Y pídele –para cada alma– que ese dolor suyo aumente en nosotros la aversión al pecado, y que sepamos amar, como expiación, las contrariedades físicas o morales de cada jornada” (S, 258).

Más que la de cualquiera, la vida de María tuvo valor de corredención y, por eso, resulta ejemplar para el cristiano. “Así entendemos mejor aquel momento de la Pasión de Nuestro Señor, que nunca nos cansaremos de meditar: *stabat autem iuxta crucem Iesu mater eius*, estaba junto a la cruz de Jesús su Madre (Jn 19, 25)” (AD, 287). De ahí este consejo: “De la mano de María, tú y yo queremos también consolar a Jesús, aceptando siempre y en todo la Voluntad de su Padre, de nuestro Padre. Sólo así gustaremos de la dulzura de la Cruz de Cristo, y la abrazaremos con la fuerza del amor, llevándola en triunfo por todos los caminos de la tierra” (VC, IV Estación).

Voces relacionadas: Abandono; Alegría; Desagravio; Dolor; Espíritu Santo; Filiación divina; Identificación con Cristo; Mortificación y penitencia; Obediencia; Voluntad de Dios.

Bibliografía: AD, 294-316; ECP, 95-101, 127-138; BENEDICTO XVI, Cart. Enc. *Spes salvi*, 2007; JUAN PABLO II, Cart. Enc. *Dominum et vivificantem*, 1986; Salvador BERNAL, Mons. *Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1980⁶; Flavio CAPUCCI, “Croce e abbandono. Interpretazione di una sequenza biografica (1931-1935)”, en GVQ, II, pp. 155-179; Guillaume DERVILLE, “Une connaissance d’amour. Note de théologie sur l’édition critico-historique de «Chemin» (II)”, SetD, 3 (2009), pp. 277-305; Javier ECHEVARRÍA, *Getsemaní. En oración con Jesucristo*, Barcelona, Planeta, 2005; Cornelio FABRO, “Via Crucis: la contemporaneità del cristiano con Cristo”, *Cul-*

tura e Libri, 76 (1992), pp. 29-36, versión castellana en “*Via Crucis: la «contemporaneidad» del cristiano con Cristo*”, en Miguel Ángel GARRIDO GALLARDO (coord.), *La obra literaria de Josemaría Escrivá*, Pamplona, EUNSA, 2002, pp. 175-187; José Luis ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, Pamplona, EUNSA, 2007; Lucas Francisco MATEO-SECO, “*Sapientia Crucis*. El misterio de la Cruz en los escritos de Josemaría Escrivá de Balaguer”, ScrTh, 24 (1992), pp. 419-438; Pedro RODRÍGUEZ, “«Omnia traham ad meipsum»”. El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer, *Romana. Bolletino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei*, 13 (1991), pp. 331-352.

Paulin SABUY SABANGU

CULTURA

1. Dimensiones de la cultura 2. Formación integral. 3. Formación permanente. 4. Cultura e integración social.

Para san Josemaría, *cultura* tiene un significado predominantemente referido al sujeto: cultura es la cualidad del hombre culto o cultivado. Cultivar es tratar con amor, trabajo y atención intelectual una realidad, en cuyo trato se cultiva a la vez el propio espíritu. Dado que, por tanto, el *cultivo* reviste, en su pensamiento y doctrina, un carácter marcado y relevante, la cultura es un elemento imprescindible para la configuración del cristiano tal como lo entiende san Josemaría.

1. Dimensiones de la cultura

Cultura y finura estética. En primer lugar, su doctrina recalca que la recepción de la gracia y el trato habitual con Dios necesariamente *afinan* no sólo el interior del hombre, sino al hombre en su totalidad. Puesto que para él la *unidad de vida* era un concepto central, ésta debía aparecer en todas sus vertientes. No es posible que un laico aprenda a amar a Dios, al prójimo y a la creación entera, y no *expres*e exteriormente de muchas formas ese *amor*. Éste

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.